

La poética integral de Marco Antonio Corcuera



Eduardo Arroyo Laguna
Universidad Ricardo Palma
eduardoarroyo29@gmail.com

Resumen

El año 2017 se recordó el centenario del nacimiento del poeta Marco Antonio Corcuera (Contumazá-Cajamarca). En este marco conmemorativo, una revisión de su poesía es pertinente. Este artículo discurre por las líneas poéticas más sobresalientes del vate contumacino: el amor, la metafísica, la naturaleza, el paisaje, el mundo andino y los valores humanos. La sencillez y profundidad, a la vez que complejidad y elevación de sus versos, lo postulan como poseedor de una de las más sólidas obras poéticas de la escena literaria nacional e internacional.

Palabras clave: Marco Antonio Corcuera, poética, poesía metafísica, poesía amorosa, poesía andina

Abstract

In 2017 the centenary of the birth of the poet Marco Antonio Corcuera (Contumazá-Cajamarca) was remembered. Within this commemorative framework, a review of his poetry is relevant. This article runs through the most outstanding poetic lines of the bard from Contumamaza: love, metaphysics, nature, landscape, the Andean world and human values. The simplicity and depth as well as the complexity and elevation of his verses postulate him as holder of one of the most solid poetic works of the national and international literary scene.

Keywords: Marco Antonio Corcuera, poetics, metaphysical poetry, love poetry, Andean poetry

Introducción

Marco Antonio Corcuera fue, esencialmente, un humanista. Todos los temas que atañen al ser humano le conciernen y los aborda en su obra poética, en su

narrativa y en su producción periodística. Lirida, queda absorto por el misterio de la vida, la creación y cada circunstancia de la existencia.

Sin embargo, de los tópicos que trata hay una particular insistencia en el amor, un sentimiento que en el vate cajamarquino es reposado, nostálgico, pues le canta a la ausencia del amor y a su recuerdo. Es el trino de un enamorado que vive en el desasosiego de la desesperanza que le deja la falta de la amada.

Nos recuerda, a veces, la poesía de la dinastía III de China en los versos de Li Po, Tu Fu o Po Chu I cantándole a la luna, al universo, en el cosmos que encierra cada una de sus endechas del alma.

Algunos de sus poemas son cortos sin llegar a configurar haikus japoneses, si bien coinciden en su retórica, su pathos, y en la atmósfera que crean y recrean.

En *Trina el pájaro ciego* (2014) se presenta el corpus orgánico de la obra poética de Corcuera. Bajo este título se antologa (en inglés y en castellano) cuatro libros anteriormente publicados: *Semilla en el paisaje* (1961), *La luz incorporada* (1980), *El salmo herido* (1992) y *Sonetos transitivos* (1994).

Marco Antonio Corcuera destaca por ser un poeta del amor con un lenguaje sencillo, tierno y corto, de “voz poética contenida pero íntimamente musical, pausada, lenta y confiada, algo barroca o tal vez renacentista”



(Corcuera, 2014: 31). Además de la concisión de la palabra, en su voz poética está presente el carácter raigal-telúrico muy unido al ande al que le escribe sentidos versos. Conviene considerar, además, que el poeta en referencia nunca dejó de vivir en su norte querido.

Las líneas maestras de la poesía corcueriana

Marco Antonio Corcuera nació en Contumazá (Cajamarca) en 1917. El centenario de su nacimiento, conmemorado el año pasado, es un motivo inexcusable para revisar su obra poética. Corcuera es un poeta que destaca por la ponderación de su obra poética, nunca roza los extremos y expresa a través de sus versos una serena actitud ante la vida, lo que no significa vivir en el descanso ya que el escritor ha tenido una vida muy activa y productiva. Su lenguaje trasciende su sensatez y presenta una sempiterna nostalgia, una melodía del amor ausente y una comunión raigal con la tierra.

Indudablemente, Corcuera es un poeta del amor, pero no del amor volcánico, sino del amor pausado que le canta a la amada su recuerdo. Es una permanente música del alma viviendo la memoria del amor encontrada en cada rosa, en cada suceso, en cada esquina de la vida, de donde emerge el sentimiento de su dolor. No es el pesar vallejianos que estalla en bramidos; su pena es estable y sedada su huella. Corcuera sufre en silencio; Vallejo es bronco en su expresión del calvario de la especie humana. Corcuera es introspectivo, rumia su tormento; el vate de Santiago de Chuco ruge con los Cristos del alma.

No es la del poeta contumacino una poética dura como los mazazos de Dios, pero sí es poesía plétórica de sentimiento, cargada de laxitudes, de horizontes lejanos y el dolor siempre cercano. Lejos y cerca, paz y dolor a la vez, eterna paz del alma son los tópicos de la poesía de Corcuera.

Su hermoso canto a la naturaleza, de la que se siente y forma parte, lo entronca con la veta ecológica, puntal de los cambios y proclamas de nuestra época. Allí está su vena vanguardista.

El sentimiento amoroso en Corcuera

La lírica corcueriana no parece, al menos por los poemas antologados, transmitir una visión esperanzadora ni una experiencia feliz del amor. La suya es una poética pesarosa, transida del dolor de la separación, de la ausencia que aparece en numerosos poemas del

autor. Su poesía es una *melodía de la nostalgia*, para decirlo recordando el título del primer poemario de Iván Rodríguez Chávez (1999). Mas, hay una gran riqueza del mundo interior y un transparente mundo de sentimientos.

No es suya la sorna ni el carácter bromista de su hermano Arturo Corcuera, recientemente fallecido; trujillano este, todos del norte, tierra de buena poesía (el tercer humano, Oscar, es pintor y poeta).

El trino del pájaro ciego emana poesía amorosa de alto grado. Pero es también poesía a la mujer y al hombre andinos, a la naturaleza y al mundo de sentimientos.

Es raigal y telúrica como la obra de Vallejo, Florián o Garrido Malaver en su nostalgia y ausencia. Pero es alta metafísica del amor, del sentimiento perdido, de la ausencia. Una muestra de ello aparece en los siguientes versos del vate (2014):

LOS RECUERDOS LEJANOS

Los recuerdos lejanos deben quedarse lejos,
en la playa o en el campo, pero no en el cerebro.
No podemos seguir así como seguimos,
me hizo mucho daño tanto haberte querido.

Recogerá mi verso tu vida de manera
que suene todo el tiempo que cruces por la tierra.
.....
Yo no lo he de llorar, ni tú tampoco;
pero, ¿cómo limito mi tristeza y mi lloro?

El sol ha de salir mañana en la mañana,
sin saber nada de lo que ahora pasa.
.....
Lo primero en decirte para que tú lo sepas
es que no podrás nunca borrar las horas nuestras.
(p. 40)

El vate contumacino maneja bien las dicotomías, las paradojas, el sentimiento que lleva a permanentes oposiciones; muestra clara son sus siguientes versos: «y sentir que eres el pensamiento / y saber que no hay lejos tan cerca / ni cerca que exista tan lejos» (p. 44).

Lo mismo observamos, a través de sus versos, en su poema titulado «En palabras breves»:

En palabras breves
y silencios largos,
lo que yo te quiero
no hay cómo expresarlo [...]
lágrimas que llegan



con hondo cansancio
 como condenadas
 a seguir pasando
 sin que nunca puedan
 secarse en los labios.
 (Ibíd.: 60)

También en «¿Qué pensar ahora?», otro de sus poemas, podemos observar nuevamente las dicotomías: «¿Qué pensar ahora, / qué decir, si tengo / empapada el alma / turbia la pupila, / Todo ha terminado, / oquedad de olvido, brevedad de lágrima» (Ibíd.: 58).

Se entiende también el orden en que lo coloca el amor, el rol o papel protagónico que ubica en su vida la persona amada como eje central. El amor lo sobrecoge, lo domina todo.

Así, en su poema titulado «El agua debajo del árbol», el amor aparece como eje central de su percepción del cosmos: «El agua debajo del árbol, / el árbol debajo del cielo, / el cielo debajo de ti. / Las cosas sobre la tierra, / mi pensamiento sobre las cosas. / Tú sobre mi pensamiento» (Ibíd.: 68).

En estos últimos versos, observamos cómo la amada ocupa una posición protagónica, incluso por encima del cielo y, obsesionándolo, lo absorbe copando su sentimiento.

Lo reitera así cuando escribe: «Esta ausencia que vive / de lejanía madura / [...] menguada resignación / asida a la tardanza / [...] imaginarte, saber el / silencio que nos dejas» (Ibíd.: 78).

En su poema «Latitud de la ausencia» podemos encontrar su constante canto, que se convierte en una suerte de melodía de la ausencia con un dolor muy controlado: «Llegar al ecuador en suspiro de nieve / y también a los polos, en donde diferente / circulación



Figura 1. Mario Vargas Llosa saluda a Marco Antonio.

comunica tu ausencia. / Amasar los recuerdos transidos de distancia, / maduros a la sien, la palabra y los dedos» (Ibíd.: 84).

Marco Antonio Corcuera es un autor original con sus propios tormentos del alma que comparte a través de la poesía sin pedir ni reclamar compasión ni nada por el estilo. Arrastra un pesar que le nace de las entrañas y a través de sus versos los trasmite de modo continuado: «Como perro cabizbajo / que va trepando la cuesta, / va mi corazón, latido / de lejanía y presencia / [...] trajinada por el ansia / va, sobre mi alma, la pena» («Como perro cabizbajo», Ibíd.: 112).

Ante la mujer madre, Marco Antonio Corcuera abre su corazón a aquellas cuyos brazos eran almas; y puertas sus espíritus. Se descubre a la magnificencia de aquellas que han transitado por esta tierra derramando amor.

Metafísica corcueriana

La poesía de Marco Antonio Corcuera es alta metafísica que juega con las categorías del tiempo, el espacio, lo infinito, lo eterno, en las que se desarrolla la existencia de los seres vivientes:

ANTERIOR AL TIEMPO

Anterior todavía al tiempo
 y a la huella traída por los sauces,
 antes que la mirada supiera distinguir
 al clavel de la rosa;
 cuando habitaba todo el espacio
 el sonido y la alegría
 se jugaba en el campo
 con los niños y los pájaros;
 ya te conocía, abuelo,
 con tu poncho de hilo fino y en la mano tu pañuelo.

Cuando el sol habitaba el cielo
 que yo no presentí,
 y la Tierra no tenía espacio
 ni para la palma de la mano;
 cuando era bueno todo
 hasta el mismo Lucifer atormentado;
 ya te conocía, abuelo,
 con la sonrisa que inundaba
 tu cara de alegría y tu bastón en la mano

 Yo te recuerdo pasajero y vidente



.....
 Yo te recuerdo sin recordarme a mí mismo,
 sin tener pensamiento, sin saber todavía
 si nacería hombre o piedra,

 Y ahora que te has ido quiero sentir tus venas,
 amontonar los días que separan tu ausencia;
 derribar la distancia
 y ofrecer el corazón a todo ataque del tiempo,
 más allá de esta vida parentoria y ajena.
 (Ibíd.: 88-90)

Tal vez sea este el más completo poema del contumacino, el que atalaya más espacio, más tiempo, el que desafíe todo lo escrito. Evocativo, sí. Nostálgico, sí. Marca de fábrica del vate cajamarquino que, a su vez, se mueve con sutileza en el mundo de la metafísica aristotélica, aunque diría que prima más Platón, más intuitivo, más ligado a la inspiración. En él, la teoría del conocimiento –a diferencia de Aristóteles, que solo incluye a la razón como elemento de la comprensión de las cosas– admite a la clarividencia, concepto retomado por la escolástica cristiana de San Agustín de Hipona, quien la introduce en el rango de elementos vertebradores del conocimiento humano. A partir de ello, podemos decir que la poesía es un modo de conocer, tal vez el más alto grado de conocimiento humano porque superando la racionalidad frigeriana de Aristóteles, la desborda con la intuición platoniana. Poesía esencial la de Corcuera, sin duda, de la mejor, esta que está antes de todo tiempo, en épocas remotas en que todos éramos buenos y jugábamos con la naturaleza y los niños, mientras el abuelo personifica al Dios bueno con su báculo en la mano y su rostro de alegría. En conjunto es la representación de la bondad que el poeta intuye por encima del tiempo y el espacio, cuando la tierra diminuta no tenía espacio ni para la palma de la mano.

El abuelo nos recuerda a Zeus, el viejo Júpiter que está por encima de las categorías humanas del espacio y el tiempo terrenales, tal vez más allá de ellas; y el nieto intuye en el viejo abuelo estas disposiciones.

Hay, además, el mensaje de vivir intensamente la vida, la que es presentada como una cuesta, como un calvario que debemos transitar con renovada juventud espiritual. Así poetiza dramáticamente sobre la vida, con una herencia tan vallejiana:

EN LA CUESTA

En esta cuesta queda el ansia,
 va el corazón a pie con su guadaña,

trina el pájaro ciego
 y Dios descalzo se levanta;
 suda el lomo del asno,
 cae el bastón delante
 y el hombre sube a trechos
 con su carga a la espalda.

La cuesta enseña mucho.
 ¡Todos deben subir, a pie, la cuesta!
 (Ibíd.: 46)

Corcuera entiende que su obra poética es también docencia, práctica moral y decálogo ético. La vida no es presentada como un disfrute báquico, una perpetua bacanal tan propia de estos tiempos posmodernos, sino como virtud, como lucha, como sacrificio, como algo que dignifica a la especie humana a través del trabajo, subiendo la cuesta de la vida. Hay mucho de calvario en la vida de todos, lo que nos dignifica, fortalece y hace crecer en virtudes.

El poeta también nos presenta su utopía de sociedad a construir con seres libres, igualitarios, viviendo en un clima de justicia, de distribución de riqueza paritaria entre todos. Canta Corcuera en «Hágase la justicia» sobre este combate contra la desigualdad y la pobreza:

Y dijo el hombre: ¡Hágase la justicia!
 Y la justicia fue hecha;
 y vio que era tan buena como el día;
 era el octavo día de la tierra.

Y que se diera lo justo al pobre,
 lo medido al rico;

 Habían transcurrido las edades
 de la espora a la ameba y a los simios
 y el hombre vio que era su obra buena,
 y descansó, después que la bendijo.

Desde entonces pasaron los camellos
 por los ojos de todas las agujas
 y los ricos en tropel en el reino de los cielos.
 Y sucedió a la hambruna la abundancia
 y siguió a la sequía la cosecha;
 y dijo el hombre: ¡Hágase la justicia!
 y la justicia fue hecha.
 (Ibíd.: 56)

Parafraseando los primeros versículos de la Biblia, Corcuera crea un símil y escribe por alternancia al alimón sobre la creación de un mundo nuevo con un octavo día en que todo sería diferente a la creación en siete días.

La tan buscada justicia sería la esperada en este poema que prefigura un mundo de seres humanos igualitarios



sin pobreza, miserias ni desigualdades. Plantea la utopía de una sociedad a construir, cuyo surgimiento le da sentido a la vida y, tras la cual, todos llegaremos al cielo prometido. No solo los pobres, sino también los ricos ya que todos seríamos buenos de corazón. No es un paraíso que excluye a algunos, sino que incluye a todos, un paraíso basado en la confianza en la naturaleza del ser humano capaz de actos buenos y justicieros.

«Hágase la justicia» es un poema a la igualdad de los humanos, a una sociedad en la que todos estén desayunados –como quería Vallejo–, atendidos en sus necesidades básicas, no viviendo en la miseria o en la extremada exclusión que reina en el Perú, país de alta corrupción, del pus dando vueltas por todas partes. Es un poema que expresa la lucha por construir un imaginario nuevo, una sociedad de seres justos, libres, fraternos y satisfechos por su calidad de vida, de bienestar.

Hay una suerte de decálogo, pues su poesía, como utopía, es futurista y vislumbra un mundo más justo a construir, al que nos convoca a todos.

El vate nos enseña también que la vida es efímera, fugaz y pasa como una saeta sobre el planeta. La vida es fugacidad, tránsito, transitividad:

VIAJERAS TRANSITIVAS

Cien gaviotas pintadas
por el aire pasean,
.....
escriben con sus picos el nombre de los barcos
.....
Yo las miro, viajeras.
.....
viajeras transitivas,
trasmisoras de cielo.
(Ibíd.: 100)

Visión del mundo andino

En la poesía de Marco Antonio Corcuera destaca su visión de los Andes, donde ya no hay caídas del alma, sino apuestas por su gente esforzada, trabajadora. Corcuera aparece como un prócer del mundo andino:

VISIÓN DEL ANDE

Subir al Ande
y aspirar el rocío de la cumbre
y ver el suave rostro de la tarde,

y coger la menuda violeta,
y escuchar la piante voz del ave.
.....
con el alma del Ande en las entrañas
.....
Subir al Ande
y empaparse de raza
para sentir el soplo de la helada,
la tela semiurdida de la niebla
y la enteca semilla que no avanza.
(Ibíd.: 52)

Lo acompañan otros poemas como «Hombre del Ande» (p. 108), «Y sucedió esa tarde» (Ibíd.: 126), «Alba de cosecha» (Ibíd.: 146) o «La pequeña muerte campesina» (Ibíd.: 152).

Cuando trata el asunto raigal del mundo andino, adquiere Corcuera otro registro, menos ensimismado y más vital, optimista y exteriorista.

La naturaleza y el paisaje

En su consideración del paisaje natural, no solo del paisaje artificial al que denominamos cultura, el poeta analizado revela ser un buen observador y, a veces, en cortos versos desarrolla precisiones perspicaces de lo que ocurre en los alrededores.

Hay en él la descripción lenta, pormenorizada de detalles que indica ese detenerse en las pequeñas cosas de la vida, asuntos de los que se alimentan las grandes aventuras. En cada detalle, nos está diciendo el poeta, se juega lo trascendente, lo esencial, que muchas veces pasa desapercibido:

ESTA RAMA BALANCEA

Esta rama balancea
su corazón pequeñito;
hilando baja la araña
sus hilos de laberinto.

La rama, siempre la rama,
y otra vez la rama misma,
convertida en esperanza,
hojas de la siempreviva.
(Ibíd.: 64)

No solo está atento al detalle del paisaje de lo que nos rodea, sino que en gran medida se siente parte del paisaje, consustancial con él, su aliado, su camarada, su compañero. Por eso nos dice en su voz sencilla y profunda en verso corto:



DEBAJO DEL ÁRBOL

Debajo del árbol
otea la rama.
Corazón tendido
como una baraja.

Debajo del árbol
la sombra se duerme.
Corazón tendido
sobre la corriente.

Debajo del árbol
sombra, yerba y agua.
Corazón tendido
como una baraja.
(Ibíd.: 66)

El autor descubre y describe el juego de la vida que se da en todo espacio. El árbol dando no solo sombra sino junto a su compañía, el agua; juntos la sombra, la yerba y el agua y a su lado el corazón del árbol como el corazón del que observa y se acerca al milagro de la vida. Fina observación de Corcuera, adelantado del fenómeno ecológico, de esa comunión del ser humano con lo natural, con todos los seres vivos, alta cumbre de su sensibilidad detallista atenta a aquello que, pareciendo minúsculo, reproduce el misterio de la existencia. Asiste Corcuera emocionado a esa dinámica, esa dialéctica, ese movimiento de la araña bajando de cada rama; la rama, a su vez, oteando bajo el árbol. Las ramas están abiertas como una baraja en el juego de la vida.

Y el trino canta fuerte, es la fuerza misma, el trino, sí, de un pájaro ciego que suelta sus gorjeos, henchido su pecho de alegría, al hecho de estar vivo en medio del paisaje que la creación le ha dado, saludando, agradeciendo y alegrando a todas las especies vivientes. Con este pájaro ciego, tal vez, Corcuera nos dice que no importa si ve o no, si sabe adónde va, si tiene orientación, pero él le canta a la existencia, emocionado, pleno de vitalidad. Y ese trino repiquetea como una trompetilla celestial, clarín de dioses, pequeño, oculto entre juncos, ramas y matorrales.

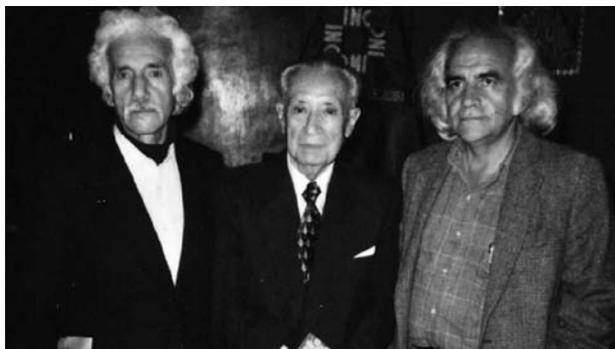


Figura 2. Los hermanos Oscar, Marco Antonio y Arturo Corcuera.

TRINO SUSPENDIDO

Trino suspendido
bajando por el cordel
de un suspiro.

Gota de sangre cuajada,
detenida en la orilla
de una espada.

Amor de fuego anhelante,
viviendo en la arista
de un diamante.

Rosa de pétalos suaves
suspendida en los picos
de las aves.
(Ibíd.: 116)

Corcuera es el poeta de los detalles, de las pequeñas cosas, de fina observación, atento, cual Whitmann, a cualquier emergencia de la vida para poetizarla con todos sus sentidos a gozar, a mezclarse con la naturaleza, a cantar y bailar en medio de ella absorto por el descubrimiento de la vida para impregnarse con su olor, su candor, su ternura, su sencillez. Todo avanza tan sencillo como para fusionarse con el cosmos, con el universo entero. Porque descubre Corcuera que en cada trino, en la araña bajando por una rama, en la sombra del árbol, yace el misterio de la naturaleza creada. Y el trino cruza el firmamento con la sutileza, la suavidad de pétalos tersos suspendidos en los picos de las aves.

Visión del ser humano

Habíamos dicho al iniciar este artículo sobre la poética de Marco Antonio Corcuera que era un humanista a carta cabal, que toma al ser humano como tópico de su obra y viaja con él a todas las latitudes del cosmos, no siéndole extraño ningún problema ni latido del universo. Por eso, vallejano, canta:

POR EL HOMBRE

Por el hombre terrestre y material,
por su sagrada forma arquitectónica,
por su entraña solemne que palpita
meciendo rigurosa su misterio.

Por su taladro de hambre y de gangrena,
por el talón que arrastra a cada paso
su esqueleto de huesos aparentes
y su inocente dimensión humana.



Por el lavado de sus pies sangrantes,
por los callos solemnes de sus dedos,
por la presencia silenciosa y firme
de Dios en las pequeñas cosas vanas.

Por la frente y el pecho en comunión
y sus manos unidas y enlazadas...
(Ibíd.: 98)

Es un poeta militante por la paz, contra la proliferación
de las guerras nucleares; sigue, pues, la corriente
pacifista característica de los años 60.

MATAR LA GUERRA

¡Matar la guerra, hermanos,
de la piel a la médula, definitivamente!
.....
Sorprender a la guerra en su guarida
donde pone sus huevos
.....
No dejarle espacio, ni rincón,
ni letra en libro, ni casquillo en fusil,
ni gota de sangre en cuerpo vivo.
(Ibíd.: 86)

Marco Antonio Corcuera también es introspectivo y
analiza permanentemente su vida interior:

¿QUÉ ES LO QUE CAMINA EN MÍ?

¿Qué es lo que camina en mí
que como niebla entreveo?
.....
Es cierto que existe el alma,
lo estoy sintiendo por dentro.
.....
siento renacer en mí
eso que llamo recuerdo.

Cuando la nostalgia viene
.....
Ese ser, el que quisiera
que me tuviera en su seno
para llegar hasta él
volcando mi propio ego...
(Ibíd.: 136)

En bello remate de su poesía nos presenta la vida
como la búsqueda del misterio que ella trae aparejada.
Vivir es ir tras el enigma, andando los parajes de la
existencia, sintiendo que en el pecho vibra la misma
fuerza del universo y que, como terrible ansiedad,
nuestra alma presente. Casi parece que la adivinamos,

casi la atrapamos y seguimos en esa búsqueda en la
aventura de la vida, en ese peregrinar yendo tras sus
secretos.

Nos dice el poeta cajamarquino, en el ejercicio de la
más alta metafísica, que marcha a descubrir las más
profundas aristas de la vida humana, búsqueda de
qué sentido tiene vivir, pintándonos la vida como una
búsqueda permanente y eterna.

PARA ESO HEMOS VENIDO

Para eso hemos venido
a descifrar el misterio
pero el misterio no llega
no nos descubre su velo;
.....
Pero el silencio es así,
sencillamente diciendo,
que tan sólo es un misterio
sin explicar fundamento...
(Ibíd.: 140)

Canta así a la vida uno de los mayores poetas de la
escena literaria nacional y continental, ávido de
amor, de ir tras el misterio de la vida. Su centenario
celebramos y él nos congrega con su canto ¡AQUÍ,
POETAS!:

Esta es la hora,
este es el sitio.
¡Aquí, poetas!
Aquí precisa una bandera
que descubra su pecho de paloma
y abanique sus sangrantes alas.
Aquí el canto, poetas,
la admonición del verbo.
Aquí la llamarada.
(Ibíd.: 94)

Bibliografía

Corcuera, M. A. (2014). *Trina el pájaro ciego*. Fundación
Marco Antonio Corcuera, Trujillo: Cuadernos Trimestrales
de Poesía.

Rodríguez Chávez, I. (1999). *Melodía de la nostalgia*. Perú:
Movimiento Cultural Anunciación.

Recibido el 30 de noviembre del 2017

Aceptado el 15 de diciembre del 2017